

[Cuaderno azul]

LA RUTA DEL TABACO *seguido de*
IMAGINAR LA ODISEA CON UN
ULISES IMPOSIBILITADO PARA MOVERSE

Nuria Amat

LA RUTA DEL TABACO

Aquella tarde, a la salida del café, Pessoa se dirigió con paso calmo a su cuarto. Estuvo leyendo durante un par de horas y cuando hubo oscurecido comprobó que apenas le quedaba tabaco para pasar la noche. Miró por la ventana para ver si Paulo, el propietario de la tabaquería de la esquina, había cerrado la puerta. Tenía suerte. Se colocó el sombrero y bajó a la tienda. Salió de la tabaquería con el paquete de cigarrillos y una botella de oporto bajo el brazo. Cruzó la calle y se encerró de nuevo en su cuartucho anónimo. Sentado en una silla, inmóvil, Pessoa estuvo fumando y bebiendo durante varias horas. Había dejado la ventana abierta para sentir mejor la brisa húmeda del puerto. Pasada media noche se tumbó vestido en la cama. No pensaba en dormir. Su intención era seguir bebiendo y fumando hasta que la luz del amanecer y las sirenas de los barcos le borrarán la mala conciencia del insomnio. Pero no ocurrió así esta vez. El humo del último cigarrillo logró adormecer al poeta. Y entonces fue cuando tuvo el sueño. Pessoa soñó con otro escritor, fumador compulsivo como él, y sentado ante la mesa de su despacho, escribiendo. Primero lo vio de espaldas. Luego salió al balcón y desde allí sintió también la brisa agrietada del puerto. De otro puerto, pensó, de una ciudad tan parecida a Lisboa como se parecía él a este escritor insomne. ¿Dónde estamos?, preguntó Pessoa al hombre que escribía. “En Trieste”, respondió el hombre sin inmutarse. Ambos fumaban. Ambos eran infelices. El que escribía estaba lleno de buenos propósitos (escribir ya es de por sí un buen propósito) y tenía además la pretensión de dejar el tabaco. En ese quiero y no puedo andaban ahora sus pensamientos. A petición suya su mujer había escondido el tabaco en algún lugar del dormitorio y cuando Svevo quisiera fumar debería robar tiempo a la escritura para buscarlo, lo cual, pensaba ingenuamente el escritor, le haría desistir definitivamente de hacerlo. En realidad esto jamás sucedía, pero cuanto menos, mientras se obcecaba en encontrar el maldito tabaco que su esposa, experta en escondrijos, había ocultado sagazmente, pasaba un tiempo durante el cual no fumaba en absoluto. Cuando al fin lo encontraba, como acababa de ocurrir hacía tan sólo unos minutos, Svevo se ponía a fumar de manera compulsiva, como el condenado que saborea los últimos segundos que

preceden a la muerte. Fumaba y escribía. Este hombre se llamaba Ettore Schmitz. Pero su nombre de escritor era otro. Había elegido el de Italo Svevo. También había inventado una forma de escribir propia de este nombre mestizo. Se sabía un escritor fracasado. Un escritor sin límites es siempre un escritor marginal o fracasado. En ese aspecto también se parecía a Pessoa. Sus coincidencias eran múltiples, aunque las más visibles fuesen la corbata de lazo, los bigotes y el sombrero que ni uno ni otro abandonaban mientras escribían.

Por un instante el portugués pensó que esa pesadilla era fruto de la locura. O tal vez la consecuencia de una fuerte borrachera. La culpa debía de tenerla su afición a los heterónimos. Encontrarse sin más con su otro yo, su hermano literario, escribiendo en un cuarto de la ciudad vieja de Trieste y fumando un cigarrillo tras otro, asfixiando de humo cada uno de sus tristes pensamientos, era cosa de magia. Sin duda el escritor portugués era el más débil y pobre de ambos. El triestino, sin embargo, tosía con más ímpetu. La bruma gris que acababa de reunirlos también los sentenciaba.

Svevo pensó que el visitante merecía una explicación:

- Esto que escribo es una apología del tabaco. Disfrazada de novela, claro, por si algún día llegara a publicarse. La llamaré: La conciencia de Zeno, un título muy emblemático, ¿no le parece? Los libros hay que vestirlos de novela, de otra forma no se leen, aunque usted y yo sepamos que esta supuesta novela no es más que una apología del tabaco. El cigarrillo es nuestra musa, ¿verdad?

La inseguridad del escritor triestino cautiva a Pessoa. Svevo busca la mirada del portugués que, tímido por naturaleza, ha bajado la cabeza como es su costumbre ante preguntas tan directas. Pero este hombre le gusta.

- El cigarrillo es nuestra pobre felicidad -termina por responder el poeta.

Después de largos segundos, Svevo replica:

- Se escribe porque no se es feliz.

Y da por sobreentendido que es sólo por esa razón por la que ellos fuman.

Pessoa sonríe levemente y dice:

- ¿Imagina un verso escrito por un ex fumador, en el supuesto caso de que ese verso pudiera ser escrito?

Y puntualiza:

- Se fuma porque no se es feliz.

Por toda respuesta, Svevo tose compulsivamente.

La luz del amanecer empieza a pintar de manchas verdes y azuladas la pequeña habitación de huéspedes. Las sirenas de los barcos anuncian su salida. La niebla es todavía densa y baja cuando el poeta despierta de su viaje por el humo. Podría cerrar nuevamente los ojos, concentrarse en el viaje a Trieste y dormir tal vez unos minutos más. Los poetas son capaces de fabricar estos subterfugios con tal de ennoblecer con ellos su lúcida supervivencia. Si volviera a cerrar los ojos tal vez recuperaría el sueño agradable de Trieste,

donde un hombre llamado Svevo soñaba con la escritura de una novela que era la apología del tabaco. Podría hacer ese pequeño esfuerzo y ponerse a soñar de nuevo. A veces lo consigue. No siempre. Pero son recuentes las ocasiones en las que Pessoa puede recuperar a su antojo el hilo de los sueños perdidos. Tanta indecisión le sugiere que lo mejor es levantarse, buscar las gafas, ir al baño del fondo del estrecho pasillo, volver al cuarto de huéspedes y quedarse a esperar la tarde. Y en tanto que uno se ocupa de estas obligaciones íntimas y matutinas, fumar algún que otro cigarrillo, lo cual permite especular sobre la vacuidad de la existencia y, con suerte, dedicar a la soledad silenciosa del cuarto una frase como la que acaba de ocurrírsele:

“No soy nada. Nunca seré nada, no puedo querer ser nada. Aparte de esto, tengo en mí todos los sueños del mundo.”

Si la suerte lo acompaña tal vez pueda ponerse a escribir de buena mañana. Hay veces en que el primer cigarrillo del día viene acompañado de una inquietud febril, de una exigencia moribunda por sujetarse al papel y a la pluma y escribir como si allí estuviera la vida regalada. Como hoy, por ejemplo, cuando en la calle empiezan a reproducirse los ruidos de las persianas metálicas de los comercios que sus dueños levantan con desidia. El poeta se sienta en su silla y piensa. Piensa en el propietario de la tabaquería, en el sueño de Trieste, en su fracaso de escritor, en sus infinitas limitaciones como hombre y, entonces, escribe lo siguiente:

... Después me echo para atrás en la silla
y continúo fumando.
Mientras el destino me lo conceda, seguiré fumando.

(Si me casase con la hija de mi lavandera,
a lo mejor sería feliz.)
Visto lo cual, me levanto de la silla. Voy a la ventana...

IMAGINAR LA ODISEA CON UN ULISES IMPOSIBILITADO PARA MOVERSE

Esta guía de viajes ofrece algunas ideas y métodos “de viaje sin viaje” cuyos responsables, sin ir más lejos son dos escritores modélicos de ciudad literaria.

El primer método a tener en consideración podría definirse como “viajar a la manera de Kafka”. Los requerimientos previos para lanzarse a tal aventura son simples y sencillos, aunque no debe olvidarse que el viajero ha de estar predispuesto a emprender este tipo de aventura. Es decir, debe desear fervientemente seguir el método de viaje Kafka. Para conseguirlo basta entregarse a la búsqueda y captura de amantes que vivan en ciudades y países distintos del propio del viajero imposibilitado. Franz Kafka que, como es sabido, solía viajar con su imaginación o con la de sus parientes nómadas, adoptó o patentó este método ejemplar de viaje. Empezó, creo, con Felice Bauer (Berlín), siguió con Julie Wohryzek (Schelesen), prosiguió con Milena Jesenska (Viena) y terminó el ciclo viajero con Dora Diamant (Berlín, de nuevo). Gracias a ese ingenio (del que no se sabe todavía si el escritor era del todo consciente) el infatigable viajero Kafka podía estar en una ciudad distinta de la suya (Praga) sin salir en sentido estricto de ella. Con lo cual resolvía también un grave problema propio de todo viaje, a saber, el ocasionado por el ajetreo que supone para el escritor el hecho de ir de un lado a otro con la maleta cargada de libros y manuscritos. Y en tercer lugar, este método de viaje, tal vez improvisado, de Kafka, le ayudaba a escribir doblemente. La distancia entre las personas las obliga (al menos era lo que ocurría entonces) a una correspondencia epistolar que no habría sido tan frecuente ni voluminosa en caso de que la novia viviera a cinco minutos de tranvía del escritor. Kafka, que confundía impedimento amorio con impedimento viajero y anhelaba con el mismo ardor a ambos, nunca habría soportado un amor que viviera, como quien dice, a la vuelta de la esquina.

El segundo método consiste en viajar de acuerdo con la experiencia sugerida por el poeta portugués Fernando Pessoa. ¿Y cómo este poeta, que no se movió jamás de las pensiones y los cafés del Chiado, consiguió llevar a cabo sus viajes? Muy sencillo. La originalidad del viaje o los muchos tipos de viajes a lo Pessoa se basaba en la agilidad del poeta para crear tantos dobles o heterónimos como países en los cuales quería aventurarse. Toda una galaxia de heterónimos a cual más diverso y exóticos. Los ha habido franceses, ingleses, brasileños, italianos, españoles, alemanes... Y también algunos portugueses a los que mandó al exilio, como el monárquico Ricardo Reis, que murió en Brasil. O Alvaro de Campos, que si bien nació en Algarve, estudió en Glasgow y terminó viajando por Oriente.

Se daba la circunstancia de que este poeta capaz de vivir más de setenta vidas distintas y de organizar baúles para más de setenta heterónimos, era un hombre incapacitado cuando se trataba de preparar en serio su equipaje. Jamás salió de Portugal (con la excepción de su estancia en Durban donde, por razones familiares, vivió su adolescencia). De regreso en

Lisboa, se quedó para siempre en ella sin subirse nunca al tren que podía llevarlo, por ejemplo, a París, donde vivía su querido amigo Mario de Sá Carneiro.

Aquí, pues, termina la historia múltiple y ajetreada de dos Ulises imposibilitados.

[Viajar es muy difícil (Manual de ruta para lectores periféricos)
Anaya & Mario Muchnick]

Tijeretazos [Postriziny]
Una revista de literatura y cine
www.iespana.es/tijeretazos
tijeretazos@inicia.es

[Cuaderno azul] La ruta del tabaco *seguido de Imaginar La odisea con un Ulises imposibilitado para viajar*, de Nuria Amat